

## La fiuza de Lucanor

PEDRO RUIZ PEREZ

Para la mayor parte de quienes se enfrentan con la tarea de seleccionar un texto de una obra de apariencia más bien inorgánica como el *Libro del Conde Lucanor*, además de descubrir la debilidad de las apariencias, no le resulta ningún problema coincidir con M<sup>a</sup> Rosa Lida en considerar, el “exemplo” XI como “la joya de la colección”<sup>1</sup>. Sin ninguna duda, la historia de don Illán y el deán de Santiago encuentra en la versión de don Juan Manuel una de sus formulaciones más felices, dándole al noble castellano, como contrapartida, la posibilidad de alcanzar una cota literaria que destaca por encima del resto de su producción.

Si nos acercamos a este “exemplo” con detenimiento y no lo observamos únicamente como un relato exento, de específico se individuales valores expresivos, sino que percibimos al mismo tiempo su relación con la estructura general de la obra a través del marco narrativo constantemente reiterado en cada “exemplo”, descubrimos que en él deja también don Juan Manuel una de las claves más productivas para acceder a la lectura de la estructura profunda que soporta la arquitectura literaria de la obra. Cuando Lucanor, como en todas las situaciones

1 LIDA, M<sup>a</sup> Rosa. “Tres notas sobre don Juan Manuel”, en *Estudios de literatura española y comparada*. Buenos Aires, Eudeba, 1969. Pág. 96.

recogidas en los dos libros<sup>2</sup>, pide ayuda a su consejero Patronio, el joven conde se entrega por completo en las manos del avisado viejo. No contento con descubrirle sin ningún recato todas las preocupaciones que se han depositado en su interioridad de silencio, el caballero deja su voluntad en las manos del ayo, subordinando la jerarquía social a la del conocimiento y el saber. Y así, lo reconoce el joven noble:

“Et por la fiuza que yo he en vos et en el vuestro entendimiento, ruego vos que me conseiedes lo que faga en esto”<sup>3</sup>.

Con fórmulas muy semejantes, que configuran un esquema retórico casi constante en todas las intervenciones de Lucanor, fijadas en el cliché que constituye su máscara, el conde rinde su tributo de servil vasallo al esquema funcional que su señor, el adelantado mayor de Murcia, don Juan Manuel, ha establecido para la mayor parte de su obra, desde el *Libro del Cauallero et del Escudero*. Se trata de un sistema de relación de los personajes basado en el tópico del “puer-senex” y apoyado, sobre todo, en el elemento de sabiduría que tradicionalmente aporta la vejez. Don Juan Manuel, sin embargo, no se da por satisfecho con la sola fuerza de la tradición para dejar claramente establecida la superioridad del personaje que se sitúa en el polo del “senex”, y da buena prueba de su capacidad de creación literaria para dotarlos de rasgos específicos que avalen su saber. El “Cauallero” gana totalmente la confianza del “Escudero” no sólo por las numerosas andanzas que acreditan la ejecutoria de su edad, sino fundamentalmente por los conocimientos alcanzados en su vida de retiro como eremita y que muestra de inmediato. De modo semejante, Julio, el predicador del *Libro de los Estados*, encuentra en su exotismo el rasgo de distanciamiento que le permite asentar el prestigio sobre el que levanta su predicación, exotismo que, mediante el hábil recurso de situar al lector en la perspectiva del príncipe Johás, le resulta también a aquél efectivo, a pesar de ser natural, como Julio, de esa tierra que “a por nombre Castiella”. En el *Libro Enfendido* don Juan Manuel apela al recurso que quizá constituye el rasgo más individual y definitorio de toda su producción, acreditando el personaje con su prestigio personal, al transformarse él mismo en personaje li-

2 Seguimos la división que AYERBE-CHAUX (“Introducción” al *Libro del Conde Lucanor*. Madrid, Alhambra, 1983, Págs. 13-17) establece a partir de la apuntada por Germán ORDUNA (“Notas para una edición crítica del *Libro del Conde Lucanor et de Patronio*”, BRAE, CXCIV, 1971. Pág. 52).

3 El *Conde Lucanor*, en JUAN MANUEL. *Obras Completas* (Ed. de José Manuel Blecua) vol. II. Madrid, Gredos, 1983. Pág. 98.

terario para dar a su propio hijo unos castigos y consejos situados en una línea de raigambre tradicional.

Patronio, además de en ese modelo onomástico tomado de *Li livre de Lancelot del Lac* y que nos ofrece Martín de Riquer<sup>4</sup>, apoya la manifestación de su sabiduría en la evidencia de los resultados de sus consejos, invariablemente productivos para el conde. El joven Lucanor siempre "tovo esto por buen consejo, et fizolo assi, et falloxe ende bien"<sup>5</sup>. Como si no bastasen estas afirmaciones, don Juan Manuel vuelve a poner su prestigio en juego y de nuevo se introduce como personaje dentro de la obra, aunque esta vez sólo sea para atestiguar la bondad de los "exemplos" y los consejos de Patronio. Y lo repite en cada uno de los "exemplos", colocados en una estructura reiterativa, de situaciones reproducidas, que es la que permite que el prestigio de Patronio se sustente y vaya aumentando en la sucesión de secuencias idénticas. La demostración de la experiencia del ayo requiere necesariamente una estructura como la que don Juan Manuel otorga a su obra, en la que en cada caso el episodio anterior sirve de aval de la actuación de aquél en quien se debe depositar toda la confianza, tanto la del noble que se encuentra bajo su educación, como la del lector que sigue las conversaciones de amo y criado.

#### *Feudalización del tópico del "puer-senex"*

En las relaciones de vasallaje, sobre las que se sustentaba la organización de la sociedad feudal, el señor mantenía con el siervo un muy específico y determinado vínculo, por el cual venía obligado a contra-prestar los servicios de éste no sólo con el beneficio material del feudo (ya fuera éste en forma de tierras, ya sea en forma de rentas), sino sobre todo en una especial disposición hacia él que sobrepasaba por completo los estrechos límites del puro reconocimiento económico. El propio don Juan Manuel se detiene en su *Libro de los Estados* a considerar estas ligaduras que, aunque no sean específicamente estados, son de una importancia básica en el edificio social y resultan una pieza clave en el esquema organizativo sobre el cual y en cuya defensa escribe su obra el hijo de don Manuel. Después de que el hermano de su padre, el rey Alfonso X, regulara en la tercera partida, en la ley 68, título 18, el aspecto formal del contrato o carta de feudo, don Juan Manuel pasa revista

4 RIQUEER, Martín de, "Lucanor y Patronio", en *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*, vol. II. Universidad de Oviedo, 1977. Págs. 391-400.

5 *El Conde Lucanor*. O. C. vol. I. Pág. 102.

en el capítulo LXXXVII de su obra citada a las obligaciones del señor para con su siervo, al que debe dar a entender que le ama y que se fía de él, bien confiándole sus posesiones materiales y asuntos de su hacienda, bien haciéndole compartir sus secretos y solicitando su consejo.

Esta situación tan cotidiana y habitual para el lector de la época, sobre todo el lector noble, al que se dirige fundamentalmente la obra, es el que sirve de punto de partida a don Juan Manuel para desarrollar las ideas expuestas a lo largo de las diferentes partes del libro. Patronio constituye el modelo ideal del consejero de nobles que sirvió de pieza esencial en el sistema feudal y que, como tal, don Juan Manuel puso especial cuidado en definir y delimitar sus atribuciones y características. En repetidas ocasiones a lo largo de su producción literaria el hijo del infante vuelve sobre el tema, aunque en esta ocasión sólo nos detendremos a considerar un par de textos, que destacamos por su significación y por pertenecer a dos obras de redacción anterior al *Libro del Conde Lucanor*. En el capítulo XVI del *Libro de los Estados* insiste en las características del buen consejo, que requiere el conocimiento de la hacienda del señor y de sus secretos, además de un perfecto entendimiento entre amo y criado:

“En todo consejo granado que el sennor demanda, el casallo a mester y seys cosas: vna es que el consejero que aya reçebido tantos bienes del sennor por que sea tenuto del amar et de aver grant cuydado de los sus fechos; la segunda, que sepa mucho de su fazienda; la terçera, que sea de muy buen entendimiento; la quarta, que sea de muy grant poridat; et la quinta, que sepa todo aquel fecho et non le encubra ende nada; (et) la sesta, que siga al consejero mesmo pro o danno, si el consejo se errare o se açertare”<sup>6</sup>.

Anteriormente, en el *Libro del Cauallero et del Escudero*, en su capítulo XXXVII, el anciano ermitaño señalaba al joven escudero las cualidades del buen ayo de nobles:

“Ca vna de-llas cosas por que pueden seer bien criados et bien acostunbrados (lòs) fijos de-los grandes sennores, es que aquellos que-los castigan sean de buena razón et de buena palabra; ca los fijos de los grandes sennores en ninguna guisa non deuen seer

6 *Libro de los Estados*, en JUAN MANUEL. *Obras Completas* (Ed. de José Manuel Blecua) vol. I. Madrid, Gredos, 1981. Pág. 227.

feridos nin apremiados commo los otros omnes de menores estados. Et por ende tengo que los que los an de criar, que les sepan dezir tan buenas razones et en tales tiempos, por que ayan sabor de aprender las cosas por que valdran mas, et se partan de las costumbres et de las cosas que les podrian enpeçer a las almas et a los cuerpos et a las faziendas. Et sennalada mente los deuen enformar en tres cosas: la primera, en amar et en temer a Dios; la segunda, que se paguen de estar siempre con buenas compannas et non ser apartadizos; la terçera, que sean bien acostumbrados en comer et en beuer”<sup>7</sup>.

Junto al marcado sentimiento de clase característico de este autor y dejando de lado la última regla, a caballo entre la etiqueta cortesana y la filosofía estoica, nos encontramos con la preocupación por almas, cuerpos y haciendas que informa asimismo el *Libro del Conde Lucanor*, concretándose, como en éste, en la necesidad de amar a Dios y rodearse de buenas compañías, uno de los ejes básicos del contenido del libro de los “exemplos”. Pero por encima de todas estas notas destaca en uno y otro texto un rasgo común, sobre el que no por obvio deja de incidir don Juan Manuel: la necesidad de que el consejero sea sabio y de buen entendimiento.

No es sólo don Juan Manuel quien insiste en este punto, sino que el propio Lucanor, reflejo en su comportamiento y en su problemática del estado de su autor, acude a este motivo una y otra vez, en cada uno de los “exemplos”, hasta hacer de él una fórmula, que funciona en muchas ocasiones junto a la que denota confianza, como veíamos en el “exemplo” XI, que servía de punto de arranque a nuestra reflexión:

“Et por el buen entendimiento que vos avedes, rruegovos que me consejedes lo que vos paresçe que devo fazer” (Exemplo XXIII).

“. . . et (porque) yo sé que vos sabedes mucho de tales cosas, rruegovos que me digades lo que entendedes en esto” (E. XXV).

“Et por el buen entendimiento que vos avedes, rruegovos que me digades en que manera podre saber si estos mis amigos farían por mi tanto commo dizen” (E. XLVIII).

En un prelude de lo que será el humanismo posterior, encontra-

mos ya en don Juan Manuel una preocupación constante por el conocimiento y una nueva consideración del mismo, que viene a situarlo en el vértice de la pirámide de la jerarquía social, como el distintivo de una nueva aristocracia que deberá sustituir a la de la sangre y aún no ha sido sustituida por la del dinero. Lucanor es el más señalado testigo del cambio acaecido, pero en el resto de las obras encontraremos una postura idéntica de su autor: "la mejor cosa del mundo es el saber", escribe don Juan Manuel iniciando el *Libro del Cauallero et del Escudero*<sup>8</sup>, en el que la sabiduría del anciano protagonista trasciende lo estrictamente caballeresco para dar en lo enciclopédico (astrología, zoología, botánica, teología, etc.) como seña de identidad de una orden que define un estado. En un momento de profunda crisis, don Juan Manuel cuida su hacienda apostando por un nuevo valor en alza, por un nuevo pilar para el predominio de su estado. Ya Alfonso X, el rey sabio tan distinto de su padre, el batallador Fernando III, se hacía eco de la transformación operada cuando en su segunda partida, en el título XXI, que trata "De los caualleros e de las cosas que les conuiene fazer", señala que pueden existir diferentes caminos de acceso a la aristocracia: "E esta gentileza auian en tres maneras. La vna, por linaje. La otra, por saber. La tercera por bondad de costumbres e de maneras"<sup>9</sup>.

Los intentos de la nobleza bajomedieval por ilustrarse se encauzan, junto a la vía de la literatura didáctica en la que se encuadra la obra de don Juan Manuel, por la aparición y profusión de ayos y consejeros, que representan la posibilidad de ascenso de una nueva clase, la burguesía, a los palacios de los dirigentes. Son los maestros que "crian et castigan a los moços que son de grant linaje", como señala don Juan Manuel, haciendo hincapié en las cualidades que requiere: que sean "omnes buenos et cuerdos et leales, por que los consejen en tal guisa que mantengan las buenas costumbres en que fueron criados"<sup>10</sup>. Sin embargo, esta idea parece separarse un tanto de la realidad del ayo o amo medieval, que, como señala Araluce Cuenca, "es un hombre de criazón, encargado de la guarda y la educación guerrera del joven señor o infante, en el sentido que de esta palabra nos da Menéndez Pidal en su *Cantar del Mío Cid* (. . .). Este amo medieval no puede hacerse cargo de las enseñanzas más sutiles"<sup>11</sup>. Nuestro autor puso un gran in-

8 Idem. Pág. 41.

9 ALFONSO X. "De los Caualleros", en CUENCA, Luis Alberto de, *Floresta española de varia caballería*. Madrid, Editora Nacional, 1975. Pág. 216.

10 *Libro del Cauallero et del Escudero*. O. C. vol. I. Pág. 75.

11 ARALUCE CUENCA, José R., *El Libro de los Estados. Don Juan Manuel y la sociedad de su tiempo*. Madrid, Porrúa, 1976. Pág. 51.

terés en el tema de la educación de los jóvenes, sobre todo de los destinados a dirigir la sociedad, como puso de relieve Castro y Calvo<sup>12</sup>, y, aunque en ocasiones mantienen esta distinción entre el ayo y el filósofo que muestra la verdad al príncipe, como en el *Libro de los Estados*, en otras ocasiones, como en la obra que nos ocupa, funde los dos personajes en uno, dando claro testimonio de su dominio de la economía narrativa. En efecto en la tradición del Josafat de la leyenda oriental, Patronio une en su persona el papel de filósofo con el de ayo, y es quien guía y atiende al tiempo a su amo.

Lo sorprendente y extraño en esta relación entre amo y criado es la inversión que se produce, debido a la mayor funcionalidad del esquema suministrado por el eje anciano-joven sobre el de señor-vasallo. Lo que Maravall llama "apasionada vocación didáctica de don Juan Manuel"<sup>13</sup> le lleva a disponer a los personajes protagonistas de sus obras en una situación única, en la que las relaciones de dominación se producen en base al conocimiento, lo que determina, por ejemplo, la paradójica dependencia del conde Lucanor respecto a su criado Patronio. Una dependencia que se manifiesta en la "fiuza", en la confianza con que el noble se pone en manos de su maestro. Lo que ha ocurrido es que para expresar unas nuevas relaciones entre las personas don Juan Manuel ve reducido su arsenal conceptual y debe recurrir a lo conocido. Por ello unas relaciones nuevas, que vienen justamente a destrozarse los esquemas de la sociedad estamental, se expresan con los modos del viejo código feudal, de manera semejante a como la nueva modalidad espiritual que supone el amor cortés se codifica según el modelo feudal, lo que, en uno y otro caso, supone una inversión radical de los valores formales y contenidos de dicho código. Patronio, el criado, la base de la pirámide medieval, se coloca en la cumbre al cambiar los criterios y apuntarse los que conducirán al mundo renacentista. El sabio es el que está ahora arriba, y para don Juan Manuel, sabio el mismo, la subordinación que se le debe es la misma que la que exigía el señor al vasallo, ya que, al fin y al cabo, el saber se concibe como absoluto y omnipotente, como corresponde a una visión conservadora de la sociedad, que es la que mantiene don Juan Manuel: "tantos fueron los sabios que hablaron en las sabidurias, que non ay en el mundo cosa que ya dicha non

- 12 CASTRO Y CALVO, José María, *El arte de gobernar en las obras de don Juan Manuel*. Madrid, CSIC, 1954.
- 13 MARAVALL, José Antonio, "La sociedad estamental castellana y la obra de don Juan Manuel", en *Estudios de historia del pensamiento español*. Madrid, Cultura Hispánica, 1973. Pág. 491.

sea”<sup>14</sup>.

Como corresponde a quien busca en la sabiduría y el conocimiento una manera de mantener un “status” propio de privilegio, en sustitución de apoyos debilitados con el paso del tiempo, nuestro autor los sitúa en la cúspide de una jerarquía rígida e inflexible. En palabras de Maravall,

“toda la obra de don Juan Manuel descansa sobre la concepción estática del saber, propia de una sociedad tradicional. Su elogio del saber y muy en especial del saber puesto por escrito —tal como lo expresa en el *Libro del Cavallero et del Escudero*— responde a la idea del saber como un depósito que se guarda por los sabios y se transmite por los maestros, siguiendo los procedimientos que didácticamente la Edad Media estimó más aptos para la sucesiva transmisión de su legado científico, establecido por tradición y prácticamente inalterable”<sup>15</sup>.

Por la necesidad de transmisión y el didactismo engendrado por la posesión de un bien inapreciable, el papel del maestro multiplica su importancia, acaparado prácticamente, como ordena la tradición por el anciano, tradición retórica y de hábitos que sustenta la función literaria de Patronio. Es lo que viene a señalar Martínez Menchen en su “Introducción” al *Libro del Conde Lucanor*:

“Este mundo ordenado dentro de una estructura estamental y jerárquica, es un mundo que en su conservadurismo desconfía de toda aventura (. . .). Ello va a configurar una jerarquización del saber como tradición en la que el anciano juega un papel preponderante. Aunque tópico retórico que tiene su origen en el Nestor de *La Ilíada*, el anciano, como depositario del consejo y de la sabiduría, es una consecuencia de una estructura social rígida y hostil al cambio. En este sentido, Patronio viene a ser la encarnación de este principio del saber conservador encarnado en el hombre de edad que, precisamente por ello, tiene la prudencia de los años, prudencia y sabiduría que es la misma que se especifica en el Ejemplo XXXVI”<sup>16</sup>.

14 *Libro de los Estados*. O.C. vol. I. Pág. 320.

15 MARAVALL, Op. cit. Pág. 488.

16 MARTINEZ MENCHEN, A., “Introducción” a JUAN MANUEL. *El Conde Lucanor*. Madrid, Editora Nacional, 1977. Pág. 61.

La función ordenadora del "senex" Petronio dentro de la obra es la que encauza los moldes en que se desarrolla el didactismo, tanto su modelo formal, a través de la estructura externa del diálogo, como la materia de su contenido, centrada en torno a la problemática del estado de los caballeros y su importancia en el ordenamiento social.

### *Caracterización formal: el diálogo*

Como afirmara Gimeno Casaldüero en su conocido estudio sobre *El Conde Lucanor*, "el tenue marco que contiene ejemplos, sentencias y doctrina —el de las preguntas de un príncipe a su consejero— es ya conocido: lo usa el *Calila e Digna*, por ejemplo"<sup>17</sup>. También comprobamos fácilmente que don Juan Manuel, "gran repetidor"<sup>18</sup>, ya había utilizado esta misma técnica narrativa en obras anteriores a la que ha encontrado más eco en la posteridad, y, en alguna ocasión, no duda en reproducir fielmente el marco narrativo creado por otro autor, como ocurre con el *Libro del Cauallero et del Escudero*, que sigue paso a paso el esquema argumental, el sutil hilo narrativo del *Libro de la orden de caballería* de Raimundo Lulio. Sin ese cierto grado de servilismo que se aprecia en la imitación de la obra del mallorquín, pero con una conexión más cercana que la que presenta el *Calila* señalado por Gimeno Casaldüero, colecciones como la *Disciplina Clericalis* suponen un precedente más inmediato de *El Conde Lucanor* por el carácter dialéctico de su marco narrativo, como señalara claramente Ma<sup>a</sup> Jesús Lacarra: "La inserción de cuentos por medio de un mínimo elemento dialogado pudo conocerse a través de la obra del judío aragonés Pedro Alfonso, la *Disciplina Clericalis*"<sup>19</sup>. El marco dialogado supone para el autor un método de inserción de ejemplos por un procedimiento de ensartado simple y lineal<sup>20</sup>, más productivo para sus intenciones didácticas que el procedimiento de encuadre o el que Lacarra llama "la caja china"<sup>21</sup>, méto-

- 17 GIMENO CASALDUERO, Joaquín, "El Conde Lucanor: composición y significado", en *La creación literaria de la Edad Media y del Renacimiento*. Madrid, Porrúa, 1977. Pág. 19.
- 18 RICO, Francisco, *El pequeño mundo del hombre. Varía fortuna de una idea en las letras españolas*. Madrid, Castalia, 1970. Pág. 86.
- 19 LACARRA, Ma<sup>a</sup> Jesús, *Cuentística medieval en España: Los orígenes*. Departamento de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza, 1979. Pág. 47.
- 20 Véase SKLOVSKI, V., *Sobre la prosa literaria*. Barcelona, Planeta, 1971.
- 21 LACARRA, Op. cit. Pág. 60.

dos de organización de la materia narrativa que suponen una complejidad estructural con una finalidad esencialmente artística, en detrimento de la linealidad que requiere el mensaje con objetivos ejemplares y docentes.

El carácter primordialmente didáctico de la labor literaria de don Juan Manuel resulta lo suficientemente explícito y puesto de manifiesto como para no seguir insistiendo sobre él, pero quizá la crítica no se haya detenido tanto en las consecuencias que la preponderancia de lo didáctico sobre lo narrativo tiene en el plano literario, en el que la forma, la disposición de la materia cuentística viene en gran medida determinada por causas externas a la obra literaria, aunque "a posteriori" la capacidad creativa del autor haga posible su incorporación y asimilación como elemento artístico. Es lo que ocurre con *El Conde Lucanor*, cuya organización literaria está regida por principios de didactismo y sólo alcanza validez artística por la magistral capacidad del autor para dotar a la obra de la forma que requiere e impone el tema tratado.

En primer lugar, y estamos refiriéndonos estrictamente a la parte narrativa de la obra, es decir, el *Libro de los exemplos*, nos encontramos con la elección del cuento como vehículo doctrinal, es decir, como "ejemplo", lo que determina la inclusión de los mismos en una muy bien definida estructura, repetida en los 51 casos. En ella el "ejemplo" funciona como ilustración de una idea o, mejor aún, como encarnación plástica de esa idea, lo que redundará en el alejamiento de la estricta alegoría y en el sentimiento de vitalidad que transmite la mayoría de los cuentos reelaborados por don Juan Manuel. Extraída después la sentencia, en una demostración del método de abstracción y universalización a partir del caso concreto y particular que alimentará las partes II, III y IV, el uso del "ejemplo" es una demostración palpable de la afirmación de Martínez Menchen: "La necesidad de expresar ideas abstractas mediante imágenes visuales es propio de una edad casi totalmente iletrada en la que el mensaje icónico tiene una importancia capital"<sup>22</sup>. Pero el empleo del "ejemplo" no responde en don Juan Manuel únicamente a la necesidad de encontrar el cauce expresivo más adecuado para cumplir su afán didáctico entre un público poco amigo de la intelectualización de los conceptos. El ejemplo, como vehículo de tradicionalización de la moral y el conocimiento, resulta al mismo tiempo la manifestación perfecta de la concepción cerrada y absoluta del saber que, como hemos visto, mantiene don Juan Manuel. La fijación de la doctrina en un relato de fácil memorización que permita su conservación y transmi-

sión es el corolario exigido por una consideración del saber como material delimitado y definido, depositado en la memoria de los sabios como los arquetipos platónicos, puros e inalterables, en el mundo de las ideas.

La consideración de la doctrina de este filósofo no nos parece gratuita en este sentido. Entre otros aspectos que pueden conectar la obra de don Juan Manuel con ella y que señalaremos más adelante, como afirma Araluce Cuenca, "por la lectura de las obras anteriores y posteriores a este libro (el de los *Estados*), sabemos que don Juan Manuel es un gran partidario del sistema didáctico platónico de la enseñanza mediante el diálogo"<sup>23</sup>. Y esto en una obra dirigida de manera casi exclusiva a la enseñanza resulta de una importancia fundamental, ya que, por ello, la inclinación al didactismo platónico representa una fuerza cuantitativamente muy considerable por su ramificación en todos los hitos de la creación literaria de este autor. Sin embargo, aunque Platón parezca el modelo fundamental de la forma dialogada, no es el único, ya que otros autores contribuyen con su aportación a la definición exacta del género en don Juan Manuel.

Sócrates, no como autor, sino como filósofo y personaje literario, le presta a nuestro autor un apoyo decisivo para su teoría del conocimiento, ya que, como afirma Castro Díaz al esbozar la trayectoria del diálogo, Sócrates "no cayó en un relativismo de la verdad, como los sofistas, sino que la consideraba como algo objetivo y externo al hombre"<sup>24</sup>. Ideal del sabio, Sócrates constituye un precedente ineludible para Patronio y, en gran parte, sostén teórico del pensamiento de su autor, que apoya en la existencia objetiva de la sabiduría la estabilidad de una sociedad en la que las formas tradicionales se mantienen inalteradas. Para ello, la enseñanza, la transmisión del conocimiento resulta una pieza clave, como en Sócrates lo representa para la búsqueda de la verdad, y de ahí el insistente énfasis que el pensador griego puso en la enseñanza, especialmente de la juventud, en una prefiguración del tópico del "puer senex" que constituye el cimiento de *El Conde Lucanor* y de toda la producción de don Juan Manuel.

Es lo mismo que encontramos en los diálogos de Platón, en los que su maestro continúa desempeñando el papel de guía de la juventud que representó durante su vida. Y no nos referimos al Sócrates de los primeros diálogos, empeñado en demostrar por medio de la ironía y la mayéutica la ignorancia del hombre y el acceso al conocimiento de la

23 ARALUCE CUENCA, Op. cit. Pág. 61.

24 CASTRO DIAZ, Antonio, *Los "Coloquios" de Pero Mexia*. Sevilla, Publicaciones de la Excm. Diputación, 1977. Pág. 21.

verdad, sino al maestro de las últimas obras platónicas, como *La República*, en las que, según señala Cristóbal Cuevas, “los elementos dramáticos ceden en gran parte su puesto al razonamiento: Sócrates domina el coloquio, reduciéndose la intervención de los personajes a breves frases de estímulo o de duda”<sup>25</sup>. Nos encontramos ya ante el maestro poseedor de la verdad absoluta, dueño de todo conocimiento, ante el cual al discípulo sólo le queda una postura de pasiva recepción, de aceptación acrítica de la doctrina transmitida, formando un nuevo eslabón en la cadena sin rupturas de la tradición.

El diálogo ciceroniano viene a intensificar esta característica, a partir de las innovaciones en el género introducidas por los aristotélicos:

“Aristóteles y su escuela modificaron la forma socrática asignando a un hablante principal un mayor y más continuo papel, aligerado por medio de interludios, interrupciones y transiciones de los otros hablantes. A través de este recurso el diálogo se hizo más apto no sólo para la investigación dialéctica, sino también para una continua presentación de cualquier asunto o materia”, afirma Castro Díaz<sup>26</sup>.

Con Cicerón el discurso del hablante se hace más largo y razonador, con mucho menos lugar para la duda, desarrollándose en el tono demostrativo y expositivo de quien se encuentra en posesión de una doctrina incuestionable que desea comunicar, convirtiéndola en enseñanza. La dialéctica ha abandonado todo su sentido filosófico de método de inquisición de la verdad, para quedar relegada a mero recurso literario en busca de la amenidad necesaria para hacer más efectivo el didactismo perseguido. Como un antecedente de Patronio, el maestro ciceroniano no admite refutación para su doctrina y en su discurso “los hechos relacionados con el asunto se exponen desde un principio como averiguados; las doctrinas se definen como verdades dogmáticas”, por seguir utilizando las palabras de Castro Díaz<sup>27</sup>. El didactismo medieval, tan asimilado por don Juan Manuel, tiene así el camino despejado y una forma literaria perfectamente adecuada a sus intenciones y necesidades.

25 CUEVAS, Cristóbal, “Introducción” a LEON, Fray Luis de. *De los nombres de Cristo*. Madrid, Cátedra, 1980, Pág. 52.

26 CASTRO DIAZ. Op. cit. Pág. 26.

27 Idem. Pág. 25.

Las otras formas retóricas del diálogo medieval no tendrán, pues, ninguna incidencia en el tratamiento que al género le da don Juan Manuel, quien desdeña cualquier forma que pueda suponer una relativización de la verdad por su cuestionamiento a través de la contraposición de dos opiniones enfrentadas. La controversia, el debate o las disputas, tan propios de la Edad Media y tan cultivados por la Escolástica, no encuentran el más mínimo reflejo en la obra de nuestro autor, a pesar de su conocida y patente afinidad con una orden religiosa tan ligada a la Escolástica como la de los dominicos, puesta autorizadamente de relieve por Ma<sup>a</sup> Rosa Lida<sup>28</sup>. Nada más lejano al pensamiento de nuestro autor que la discusión o la crítica de la verdad establecida o, de forma paralela, los juegos formales, desdeñosos de cualquier criterio de verdad y, por consiguiente, peligrosamente disolventes, del "joc parti" tan pujante en las cortes literarias que darían su máximo fruto en el siglo siguiente con la poesía cancioneril. El diálogo queda, pues, relegado a la función de un mero recurso formal subordinado a la intención didáctica principal, a la que sirve con el elemento de amenidad que introduce, pero de la que no les permitido distanciarse en el más mínimo.

Por todo ello, el diálogo queda configurado en la obra de don Juan Manuel —y el *Libro del Conde Lucanor* es un ejemplo característico— como una forma de discurso unidireccional, en el que la verdad y la doctrina se transmiten en un solo sentido, sin posibilidad de respuesta ni análisis crítico. La costumbre caballeresco-feudal del ayo invierte en la literatura el sentido del eje de relaciones entre amo y criado y le confiere a éste, a su vejez, un rol tan decisivo que anula prácticamente a cualquier otro interlocutor, reducido a la función de preguntar y asentir, convirtiendo el esquema formal del diálogo en la máscara de un sermón encubierto. De esta manera, señala Cuevas, "el diálogo se hace más informativo, perdiendo importancia el proceso mismo del pensamiento, en beneficio de la elucidación de doctrinas y el establecimiento de conclusiones"<sup>29</sup>. Si Patronio y Lucanor se apartan ligeramente de este paradigma en la primera parte, el *Libro de losexemplos*, las cuatro últimas partes confirman plenamente nuestra afirmación, con la práctica desaparición del conde y el amplio vuelo alcanzado por el discurso del ayo, sobre todo en la quinta parte, en la que tanto la forma como el contenido de este tratado doctrinal son una transposición perfecta de las características del sermón homilético, con la desaparición completa de los elementos dialógicos, ya que la inhibición de Lucanor se produce

28 LIDA, Op. cit. Págs. 92-103.

29 CUEVAS, Op. cit. Pág. 52.

como hablante, interlocutor de Patronio, y también como oyente, destinatario del mensaje del anciano, mensaje del que desaparecen incluso las referencias al campo deíctico del "tú" del oyente<sup>30</sup>.

### *Código y contenidos caballerescos*

El carácter unitario de la obra de don Juan Manuel, sobre todo en lo que respecta a su contenido, ha sido señalado repetidamente, siguiendo obra por obra el hilo conductor que las engarza y las integra en una estructura de evidente organicidad. José Manuel Blecua en su "Introducción" a la edición de *El Conde Lucanor*<sup>31</sup> apunta una triple raíz en la obra de este autor, una trinidad de motivaciones que, aunque se dan conjuntamente en alguna obra, predominan de forma aislada en cada uno de los títulos. Sin dejar de ser cierta, la afirmación de Blecua admite ciertas matizaciones que completan su validez. Si nos detenemos en las tres facetas de la base apuntadas por este crítico, la autobiográfica, la alfonsí y la caballeresca, comprobamos que en su determinación han actuado criterios diferentes, pues, mientras los dos primeros conceptos denotan la procedencia de que se ha extraído la materia literaria (la propia experiencia o una tradición concreta) y atienden fundamentalmente a aspectos externos (anécdotas, géneros...), la conexión con lo caballeresco viene determinada por el cultivo de unos temas específicos y el tratamiento otorgado a los mismos; es, por tanto, una determinación que afecta al contenido de las obras y que, debido a esta razón, no resulta opuesto ni incompatible con los otros criterios, sino que, de hecho, han de conjugarse a lo largo de toda la producción literaria de nuestro autor. Utilizando palabras más concretas, podríamos concluir que el contenido de la obra de don Juan Manuel tiene una raíz fundamentalmente caballeresca y se encauza a través de unos moldes extraídos de la experiencia autobiográfica o de los modelos proporcionados por la obra de su tío, el rey sabio.

30 Voluntariamente hemos dejado al margen la intervención en la obra de don Juan Manuel, como narrador y como personaje, y, por consiguiente, la utilización de fórmulas de introducción del estilo directo y las ocasionales apariciones del estilo indirecto. Ello vendría a constituir otra manifestación de la subordinación de raíz feudal a que todos los elementos de la obra se ven sometidos respecto del fin último y de los personajes, vicarios o no, que lo encarnan. Sin embargo, por centrar nuestro estudio estrictamente en las relaciones Lucanor-Patronio, dejaremos a un lado, provisionalmente al menos, este tema, sin que ello signifique obviar su importancia.

31 *El Conde Lucanor*. Madrid, Castalia, 1971.

Unidad en la obra de Juan Manuel, y unidad en lo caballeresco. Desde el *Libro del Cauallero et del Escudero* al *Libro de las armas*, todo en su obra apunta hacia un fin concreto y determinado: el planteamiento y la solución de los problemas que afectan a un estado específico, el suyo, junto con la defensa de sus intereses y la sociedad que los mantiene. Es más, su obra completa dibuja el perfil de manual enciclopédico que todo joven noble debe conocer para comportarse en su estado, mantenerlo y lograr en él la salvación. Apuntado ya en una de sus primeras obras, el *Libro del Cauallero*, la producción de este autor se convierte en un programa de enseñanza para educación de los retoños de su estado:

“Orduna ha notado también en su edición del *Libro del Conde Lucanor et de Patronio* (p. 24) que existe cierta unidad en la obra literaria juanmanuelina, ya que, a excepción del *Tratado de la Asunción*, sus libros contienen todo lo que un joven noble debía saber de la historia, de la guerra, de la política y de la sociología, del recreo de la caza, del componer versos y de la filosofía básica de la vida”, explica Ayerbe-Chaux<sup>32</sup>.

A pesar de su individualismo, de su incuestionable personalidad y de su originalidad literaria, don Juan Manuel es un fruto característico de su tiempo, y su obra, una obra hecha a la medida de las circunstancias. La crisis final de la Edad Media se acercaba peligrosamente y en el complicado entramado de relaciones sociales comenzaban a apuntar los primeros síntomas del cambio. Frente a esto, don Juan Manuel apresta la pluma dispuesto a iniciar esa lucha contra la burguesía ascendente que caracteriza la literatura de todos los aristócratas que llegan a ella, en el siglo XIV y en el XV, hasta culminar con el Marqués de Santillana. La base de su reacción la constituye la defensa de la sociedad estamental y la división en los tres estados, única que garantiza la fijación de la movilidad social y un puesto de privilegio para él y su estado. Para lograrlo, debe dar una justificación teórica y doctrinal de una situación de hecho. Imposibilitado para mantener la superioridad espiritual del orden caballeresco sobre el de los “oradores”, don Juan Manuel recurre a la apelación a la miseria del hombre, prisionero de un cuerpo que en muchas ocasiones se sobrepone al alma y le impide alcanzar la perfección del estado religioso, reservado sólo a unos pocos escogidos; como consecuencia, el hombre debe adoptar una vía

que conjugue lo espiritual y lo material y, frente a la pura materialidad de los "laboradores", ésta es la vía de los caballeros, legitimada como la más necesaria para el mantenimiento del orden social y defendida aún por el último de los caballeros, el propio don Quijote de la Mancha:

"Todo eso es así —respondió don Quijote—; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo: religión es la caballería; caballeros santos hay en la gloria"<sup>33</sup>.

Con esta justificación, afirma Martínez Menchen, la obra de don Juan

"es un producto cultural de una sociedad eminentemente agraria, que, desde el punto de vista socio-económico, se estructura en un complejo de relaciones características cuyo conjunto ha sido calificado como constitutivo de una de las posibles formas de estructuración social: el de la sociedad estamental"<sup>34</sup>.

En la lucha contra la burguesía y la sociedad de clases que ésta representa, la literatura se convierte en manos de la nobleza en un instrumento de ataque y defensa, ya señalado por García Gual:

"La literatura es un arma irónica de cara a la praxis histórica. A los caballeros les hubiera gustado detener la marcha de la historia, resucitando un feudalismo heroico en contra de la burguesía ciudadana y de las monarquías nacionales"<sup>35</sup>.

Esta caballería heroica, en la que la amenaza social de la burguesía es fingida por el aparato fantasmagórico, de brujos, dragones y espíritus del mal, tomado directamente de la "materia de Bretaña", se convierte en la fuente ideológica a la que los autores acuden para extraer el adoctrinamiento, fuente que, nuevamente en palabras de Martínez Menchen, "ha fijado el orden de su época —orden en el que el Infante ocupa un lugar de excepción— dentro de unos presupuesto organizados y coherentes. De esta forma, la ética que a partir de su sermonario dominico

33 CERVANTES, *Don Quijote*, II, 8.

34 MARTINEZ MENCHEN, Op. cit. Pág. 16.

35 GARCIA GUAL, Carlos, "Evocaciones caballerescas", prólogo a CUENCA Op. cit. Pág. 14.

preconiza don Juan Manuel es la ética de su propia clase<sup>36</sup>. Los contenidos caballerescos se vuelcan en la literatura como una sublimación ideológica, a partir de una idealización cortés, de los intereses de un estamento amenazado por el proceso histórico. Según García Gual, “es, en su base, literatura con un afán propagandístico y clasista”<sup>37</sup>.

El relevo en el predominio de un estamento dentro de la pirámide social se había producido poco tiempo atrás, cuando con el paso de la posesión de los instrumentos de cultura la nobleza toma sobre sí la mayor parte del prestigio que el clero había ostentado en la Alta Edad Media. La alfabetización de los nobles conlleva de manera inmediata su participación en el proceso de creación cultural y sus intentos de transformación de éste en beneficio de sus propios intereses. Pero este movimiento no se desarrolla mediante un enfretamiento directo con la cultura clerical, sino a través de un más sutil proceso de incorporación, alianza y asimilación, que desemboca en una suerte de simbiosis, por la que los caballeros reciben de la cultura del clero los instrumentos para su enaltecimiento como clase, a cambio de su consentimiento en la cristianización de sus ideales bélicos, encauzados en empresas que, como las Cruzadas, tenían todo el agrado de la Iglesia. Como consecuencia y culminación de este acercamiento, se produce la constitución y el reconocimiento de la caballería como “orden”. El doble sentido que este concepto conlleva lo pone claramente de manifiesto Raimundo Lulio en su *Libro de la Orden de Caballería*, cuando señala la estrecha vinculación entre el caballero y el clérigo y la jerarquización que se establece en la Caballería. La Orden de Caballería queda constituida a imagen y semejanza del Orden de Clerecía, como una especie de prolongación de ella, con unos ideales y unos objetivos comunes. De ahí el profundo amor que una y otra Orden deben tenerse, como Lulio señala y el propio don Juan Manuel incorpora a su propia biografía con su estrecha vinculación a la orden de Santo Domingo. “Ordo” puede ser, asimismo, el orden, la ordenación, que es el otro sentido que señala Lulio al establecer la jerarquía sobre la que se basa la Caballería, pero que también podemos descubrir en su proyección hacia la sociedad en la que actúa como principio de jerarquización en cuya cúspide sitúa su propio espacio.

Como adelantábamos en un párrafo anterior, la idealización cortés representa el primer paso en el proceso de formación de la literatura caballerescas como sublimación ideológica de este estamento. Su método más directo es la conformación y difusión de toda esa serie de aventuras fantásticas en las que se mezclan amores y batallas, fantasías y leyendas,

36 MARTINEZ MENCHEN, Op. cit., Pág. 56.

37 GARCIA GUAL, Op. cit., Pág. 13.

magia y religión, que, además de servir de entretenimiento al nuevo público lector —el que accedía al mismo tiempo a la cultura por el ascenso social de la burguesía y la alfabetización de la nobleza—, establecía una galería de personajes y símbolos, desde San Jorge a Amadís y de Oriana al Santo Graal, que encarnaban y asentaban el ideal caballeresco. En ellos volcará la nobleza su nostalgia por épocas pasadas y el pueblo su admiración por su estado superior.

La fase que lógicamente sigue a ésta es la de sistematización y codificación de las formas, usos y reglas que se desprenden de los comportamientos modélicos y arquetipados de los caballeros a lo largo de sus aventuras. Surge así toda esa literatura, de la que ya hemos mostrado algunos ejemplos a lo largo de estas páginas, como Lulio, Alfonso X o el propio don Juan Manuel, y que, como en la despedida que Kammuelles le dedica a Perceval, constituye una serie de normas y consejos para la formación del perfecto caballero. La consolidación de una literatura didáctica basada en la elaboración de códigos que contenían de forma sistemática las obligaciones y privilegios que comporta la Orden de Caballería responde a la aguda preocupación por la educación del príncipe, del joven noble, encomendada tanto a los ayos como a esa literatura consiliaria a la que don Juan Manuel aporta, entre otros, su *Libro Enfenido*.

Centrándonos de nuevo en *El Conde Lucanor*, percibimos en él una disposición semejante a la que señalábamos para la generalidad de la literatura caballeresca. En efecto, a la primera parte o *Libro de los exemplos*, panoplia de casos particulares en la que se nos ofrece un muestrario bastante completo del comportamiento del caballero en las más diversas situaciones, le siguen las otras cuatro, en las que se procede a sistematizar por medio de distintos procedimientos estilísticos y literarios las reglas de conducta que informan la actuación de los personajes presentados anteriormente. Como este tema lo desarrollaremos con más detenimiento en el apartado siguiente, dedicado específicamente a la estructura general de la obra, y mostrada su incardinación en la corriente general de la literatura caballeresca, dedicaremos el resto del epígrafe a repasar la naturaleza de algunos de los contenidos de raíz caballeresca a los que hemos venido haciendo referencia.

En primer lugar, nos encontramos con la aparente paradoja de que este sermonario caballeresco aparezca, en la intención declarada por el autor, como dirigido a los “que non fuessen muy letrados ni muy sabidores”<sup>38</sup> ¿Cuál era la utilidad que a un lector burgués le podía pro-

porcionar la lectura de un manual centrado de manera obsesiva en la problemática de un estamento tan distinto como el de los caballeros? Si el lector podía contestar que ninguna otra utilidad que la diversión prestada por la amenidad de sus páginas, para don Juan Manuel, y de aquí que la paradoja sea sólo aparente, la utilidad radica en la estabilidad del orden social defendido, fomentada por la vía de la aceptación por el lector de la imagen de la nobleza presentada en las páginas de esta obra. El esquema social trazado por don Juan Manuel funciona a la vez como realidad incuestionable, apoyada en el prestigio que le confiere la palabra escrita, y como modelo de conducta para los miembros del mismo estamento al que pertenece el autor. Estos aprenderán en la obra todo lo necesario para desenvolverse entre los problemas de la práctica de la vida cotidiana, en sus relaciones con sus inferiores y con sus iguales, y lo concerniente a sus necesidades materiales y espirituales:

“Este libro fizo don Iohan, fijo del muy noble infante don Manuel, deseando que los omnes fiziessen en este mundo tales obras que les fuessen aprouechosas de las onras et de las faziendas et de sus estados, et fuessen mas allegados a la carrera por que pudiessen saluar las almas”<sup>39</sup>.

En la práctica, la obra se dedicará fundamentalmente a los dos primeros objetivos, tanto por la extensión que les concede como por el tratamiento dado, relegando el contenido espiritual a la quinta parte, la más farragosa y que presenta más dificultad para acceder a ella, por su aridez y carencia de atractivos y por el lugar en que se encuentra, en la culminación de la obra, a la que sólo se llega por un proceso de iniciación, en que nos detendremos más adelante, y que requiere una preparación mayor, que únicamente se encuentra al alcance de una élite cultural. Esta materia espiritual, completamente identificada con la doctrina cristiana, herencia directa de la Orden de Clerecía, se encuentra formulada en los estrictos términos del más ortodoxo catecismo y supone de manera esencial la adopción del cristianismo, de la doctrina de la Iglesia, como respaldo ideológico de un orden social, cuya estabilidad se pretende asegurar con su asimilación al inalterable orden celestial, establecido así desde la Creación del mundo.

Con esta garantía de acuerdo con el orden divino, que asegura por el mero cumplimiento de las obligaciones propias del estado caballeresco la salvación del alma, don Juan Manuel queda con las manos

libres para explicitar y desarrollar en las primeras partes de la obra cuáles son estas obligaciones y los medios para llevarlas a cabo. Si en unos escasos "ejemplos" de la primera parte don Juan Manuel insinúa algunos rasgos que apuntan hacia el establecimiento de unos nuevos valores, propios de la burguesía y que se consolidarán en el Renacimiento cercano, como ocurre en el "ejemplo" IV, "De lo que dixo un genoves a su alma quando se ovo de morir", la mayor parte de la doctrina encerrada en los 51 "ejemplos" sigue con absoluta fidelidad las normas establecidas por el sistema feudal. Desde el "ejemplo" "Del salto que fizo el rey Richalte de Inglaterra en la mar contra los moros", de manera sintomática situado inmediatamente antes del citado del genovés, queda clara la decidida voluntad del autor de proponer y defender una norma de comportamiento justificadora de la primacía de su estado, el de los "bellatores", que encuentra en la lucha, especialmente contra el moro —y ahí están la Reconquista y las Cruzadas para mostrarlo— su razón de ser y su camino para la salvación individual.

La necesidad y bondad del orden feudal les son mostradas al lector, entre otros, por el "ejemplo" VI y el introducido en la quinta parte, en los que a través del sometimiento de la golondrina al hombre con su consiguiente salvación y la fidelidad del hijo que mató a su padre para defender a su señor, demuestra las virtudes del sistema de vasallaje para la seguridad de los individuos y la preservación del orden establecido, que sólo se puede mantener por la aceptación y riguroso sometimiento a las normas impuestas por los vínculos que definen la gradación social. La aplicabilidad de estas normas se extiende tanto a señores y vasallos, como a aquellos ciudadanos y burgueses libres de vasallaje, a los que no les atañen directamente estas reglas, pero que deben aprender a conocer y respetar para no incurrir en el desorden proveniente de la falta de leyes que regulen la convivencia en la sociedad. Por ello, a pesar de su validez, conviene completar las afirmaciones de los que ven en *El Conde Lucanor* un manual para uso exclusivo de caballeros, como Ian Macpherson:

"Don Juan Manuel se interesa solamente por su propio estado. Las enseñanzas de *El Conde Lucanor* están hechas a medida de la nobleza española. El libro les previene contra la mediocridad, la indolencia, la autosatisfacción, la tontería, el engaño de que pueden ser víctimas; se propone enseñarles discreción y criterio, sus deberes para consigo mismos, su patria y su Dios; insta a cada uno de ellos para que sea un "caballero de Dios": y debido a todo ello la obra es en buena parte un típico producto de su tiempo. Las limitaciones sociales y geográficas de *El Conde Lucanor*

son grandes: a la postre, nos la habemos con un compendio a la hechura del noble español del siglo XIV"<sup>40</sup>.

Evidentemente, y en ello hemos venido insistiendo, el contenido de la obra de don Juan Manuel, tanto el de *El Conde Lucanor* como el del resto de sus títulos, es estrictamente propio del estado de los "bellatores" y representa uno de los ejemplos más característicos de la literatura caballeresca, pero ello no es óbice para que su mensaje se dirija al resto de las capas que componen su sociedad. De ello depende la validez de su enseñanza y en función de ello el autor dispondrá la peculiar estructura de su obra.

#### *Arquitectura feudal-caballeresca de "El Conde Lucanor"*

El didactismo esencial de la obra de don Juan Manuel es un aspecto en el que ya hemos insistido repetidamente y al que sólo volveremos aquí para resaltar su función ordenadora en la estructura de la obra. De hecho, esta voluntad de hacer llegar su enseñanza al público más amplio posible, para así hacerla más efectiva, es la que se encuentra a la base de la estructura escogida para *El Conde Lucanor*, en cuya explicación la crítica no ha hecho intervenir con toda su importancia este factor decisivo.

La preocupación primera que mueve el pensamiento de don Juan Manuel y que determina su didactismo es el conocimiento, considerado como instrumento de dominación —por la concepción absoluta que de él tiene, como hemos comentado más arriba— y como problema esencial del individuo, que, al igual que Lucanor a Patronio, necesita la certeza de su integración en la sociedad y, por consiguiente, de su posibilidad de salvación. Y esto sólo lo consigue por medio de una conciencia clara del estado a que pertenece y de las obligaciones que tal pertenencia conlleva:

"Ca non tan sola mente yerra el omne en conosçer a-otro omne, ante yerra en conoscer a-sy mismo. Ca todos se precian mas o menos de quanto deuen, o cuydan que son en mayor estado o en menor de quanto es la verdat. Et, sin dubda, este es muy grant yerro et muy dannoso. Ca si el omne non cognosçe su estado,

40 MACPHERSON, Ian, "Dios y el mundo: the didacticism of *El Conde Lucanor*", en *Romance Philology*. XXIV, (1970-1971). Págs. 26-38. Recogido en RICO, Francisco, *Historia y crítica de la literatura española*. vol. I, Barcelona, Crítica, 1980. Pág. 201.

nunca lo sabra guardar; et si non lo guardare, todo su fecho traera errado<sup>41</sup>.

La dimensión social del individuo, su definición en la sociedad y por la sociedad, domina de forma casi total el pensamiento de este autor y sobre todo, su concepción del hombre. Este nunca es un sujeto aislado, sino que siempre está marcado por su pertenencia a un estado. De ahí que el texto que hemos citado sobre la necesidad del hombre de situarse correctamente en su estado, se encuentre en el encabezamiento del capítulo del *Libro del Cauallero et del Escudero* dedicado a “como el cauallero anciano responde al cauallero nouel que cosa es el omne”. La preocupación por el conocimiento de la dimensión social del hombre y las consecuencias políticas, sociales y religiosas que se derivan resultan el eje fundamental sobre el que se mueve la obra de don Juan Manuel, apuntando en forma cercana por José Antonio Maravall:

“La apasionada vocación didáctica de don Juan Manuel revela un claro intento de manejo y dominio de los resortes de la sociedad, aparte del que movió la acción política y guerrera de este gran señor.

Esta articulación doctrinal que hasta aquí llevamos resumida trae como consecuencia —mucho antes de que frases semejantes se encuentren en Vives, en Montaigne o en Pope, pero también con un sentido muy diferente— la afirmación de que el hombre necesita ante todo conocerse a sí mismo, conocer al hombre. Y es al llegar a este nivel cuando comprendemos plenamente que el pensamiento de don Juan Manuel depende de una estructura estática de la sociedad y encierra una imagen tradicional de la misma (. . .): Conocerse el hombre a sí mismo es una recomendación de socratismo cristiano y medieval (. . .). Pero la manera de presentarse el tema en don Juan Manuel y la significación que adquiere, lo apartan de toda derivación ontológica o psicológica, para reducirse a un plano estrictamente social: conocerse el hombre a sí mismo es conocerse en su estado social. Por su objeto —estudiar al hombre en su posición dentro de la sociedad a que pertenece—, y por su fin —organizar el comportamiento del hombre desde el punto de vista de la moral social—, ese concretismo del infante castellano se dirige a apoyar el orden social y a hacer del

41 *Libro del Cauallero et del Escudero*. O. C. vol. I. Pág. 78.

saber y de la educación una garantía contra toda perturbación de aquél'<sup>42</sup>.

La cita, quizá excesivamente larga, no sólo se justifica por la autoridad del investigador, sino sobre todo por la clarificación que introduce y la corroboración que aporta a lo hasta aquí expuesto.

En *El Conde Lucanor* el conocimiento es patrimonio exclusivo del ayo Patronio, que lo va transmitiendo poco a poco, en un discurso continuado que proporciona a la obra sus propios ritmos y los que se originan en el proceso de aprendizaje que la obra marca. Este proceso tiene tres elementos receptores, por lo que la obra se articula en un triple plano: el del yo del narrador, que no es necesario identificar con el del autor, menos aun si tenemos en cuenta su desdoblamiento como personaje; el de Lucanor, que resulta central por su función de motor de la acción y por su papel de intermediario entre el autor y el destinatario último; y el del lector, el objetivo fundamental de don Juan Manuel, y que, siguiendo paso a paso la trayectoria de Lucanor, aprende y asimila, con la misma "fiuza" en Patronio, la doctrina que al autor le interesa transmitir.

El problema de la estructura de esta obra no ha sido de los menos tratados por la crítica, y dos son las teorías que en la actualidad cuentan con una mayor aceptación, la una basada en sus pretensiones de globalidad y en el asentamiento proporcionado por los años, y la otra en la innovación que supone y en la indiscutible atracción proporcionada por la simetría de que dota a la obra. La primera, naturalmente es la de Gimeno Casaldueiro (1975), y la segunda, la de Reinaldo Ayerbe-Chaux (1983). Una y otra teoría, aunque divergentes, no son estrictamente opuestas, ya que lo afirmado por una no invalida necesariamente lo que mantiene la segunda, entre otras razones porque cada una está elaborada según criterios diferentes. Mientras que la de Gimeno Casaldueiro atiende más a la materia tratada y a su ordenación junto con los rasgos estilísticos que comporta (es decir, un análisis a partir del contenido), la teoría de Ayerbe-Chaux se centra en los problemas formales que ofrece, sobre todo, el marco narrativo. En lo que sí resultan de alguna manera contradictorias es en las consecuencias ideológicas que cada crítico extrae del análisis de sus conclusiones. Gimeno Casaldueiro, que ofrece una estructura más lineal y una interpretación más plana y unilateral de la obra inscribiéndola sin problemas en el contexto medieval, se empeña en la labor de mostrarnos un mundo perfectamente organizado y cohe-

rente, sin fisuras de ningún tipo, del que la obra es un exacto reflejo microcósmico, que repite en su estructura tripartita y piramidal la de la sociedad, religión y mentalidad de su época; Ayerbe-Chaux, por el contrario, insiste más en la estructura dialéctica y conflictiva que la obra presenta, como manifestación de unos cambios que están empezando a romper la rigidez de la sociedad que pretendía mostrar el crítico anterior, por lo que insiste, sobre todo, en la división binaria de la obra, a partir de la teoría de Orduna<sup>43</sup>, y en el enmarcamiento de la doctrina, como en un intento de relativizar su validez y resaltar su conflicto interno a través de la estructura simétrica, de cierto matiz dramático.

Aunque, como hemos dicho antes, la simetría que ofrece la teoría de Ayerbe-Chaux no deja de ofrecer un gran atractivo, sin embargo, sus conclusiones no van mucho más allá de unos nuevos criterios para una edición de mayor coherencia formal. Lo mismo ocurre con la división bipartita que acepta para la obra: si resalta la diferencia que existe entre la parte de los "ejemplos" y las restantes, no hace más que dar una respuesta tranquilizadora a la inquietud que en el lector produce la obra, sobre todo con el brusco cambio a partir de la primera parte. Pero esta diferencia no nos puede autorizar a unir dos partes no menos diferentes entre sí, como la de los proverbios y la del definitivo tratado doctrinal, como tampoco nos autorizan las posibles fisuras en la coherencia del sistema feudal que busca este crítico y que, en todo caso, encontraríamos mejor en el contenido de algunos ejemplos que en la disposición de la estructura formal. Y, en cualquier caso, las diferencias formales entre las dos partes señaladas por Ayerbe-Chaux no son lo suficientemente grandes como para justificar la división de lo que presenta una coherente unidad de intenciones y de contenido. Esta unidad es la que nos proponemos poner de relieve, sin que esto suponga tampoco una aceptación total de lo expuesto por Gimeno Casalduero, cuya explicación puede resultar, como el mismo Ayerbe-Chaux señala, demasiado rígida, forzando en algunos aspectos la forma para adaptarla a su teoría.

A pesar de estas notas, en nuestra interpretación partimos básicamente de la división formal ofrecida por este crítico, aunque buscamos en el contenido unas razones más claras que justifiquen mejor y maticen la estructura definida. La clave creemos encontrarla en el carácter caballeresco que hemos puesto de relieve en la obra y en el particular género de didactismo perseguido por don Juan Manuel. Estos dos rasgos son los que determinan el desarrollo de la obra como un proceso de inicia-

43 Véase ORDUNA, Op. cit.

ción al conocimiento, paralelo al que el joven debe seguir para alcanzar el grado de la Caballería. Las dificultades progresivas introducidas por don Juan Manuel en el estilo de la obra no son más que el correlato exacto de las pruebas iniciáticas que debe superar el aspirante, hasta culminar con la vela de armas en la iglesia la noche anterior a la ordenación. Orden reservada sólo a los escogidos, la Caballería debe presentar esa dificultad de acceso a la misma, al mismo tiempo que, como señala el protagonista del *Libro del Cauallero et del Escudero*, esta Orden debe conllevar un conocimiento enciclopédico de la realidad, que es donde justo a partir de ese momento va a radicar el mantenimiento de su poder. Ese es el camino que debe recorrer Lucanor, joven caballero en formación, y, con él, el lector; pero uno y otro no irán solos, sino que el propio don Juan Manuel les acompaña, en un recorrido que él como personaje debe cumplir, ya que no lo efectuó en la vida real. Recodemos el orgullo mostrado por el autor en su *Libro de las armas* sobre el privilegio de su familia para poder armar caballero sin serlo ellos, y entendamos entonces la aparición de don Johan en la obra como un proceso de ordenación en la Caballería del mismo autor, siquiera sea por el mecanismo vicario de la ficción.

Con Lucanor, don Johan y el lector recorren el camino mostrado por Patronio y que habrá de conducirlos a su perfección como caballeros. Este camino se encuentra marcado por su progresiva elevación, por el movimiento de ascenso que ya señalara Gimeno Casaldueiro, en el que, de manera paralela, se produce la disminución de materiales y la depuración de su contenido, en un desarrollo que va de lo más material a lo más espiritual. Por ser suficientemente conocido no consideramos necesario repetir aquí la ya clásica teoría expuesta por el citado crítico, de la que, por otra parte, sólo nos interesa recordar sus líneas generales. Queda, no obstante, en la teoría de Gimeno Casaldueiro un aspecto no analizado y en el que ahora tampoco nos podemos detener excesivamente, pero que queremos, al menos, dejar esbozado. Se trata de la gradación que ya es posible percibir a nivel interno entre los "ejemplos" de la primera parte. Sin espacio para analizar en estas páginas la totalidad de ellos, echemos sólo una mirada a la tendencia moralizadora y religiosa que comienza a manifestarse en progresivo aumento a partir del "ejemplo" 48, en el que, bajo la capa de las pruebas de amistad, nos es posible descubrir un doble sentido, que en su plano práctico insiste en el valor de los amigos, mientras que en plano religioso nos encontramos con una parábola sobre el sacrificio de Cristo por los hombres. Lo mismo ocurre con los "ejemplos" siguientes hasta el final de esta primera parte: el "ejemplo" 49 nos ofrece una reflexión sobre la necesidad de dedicar el paso por este mundo a la preparación de la vida futura; el 50, una alabanza de la virtud de la vergüenza y el

temor de Dios; y el 51, con su alabanza a la humildad, marca la pauta e inicia el camino ascético que Patronio traza en las cuatro últimas partes para alcanzar la salvación.

La ascesis progresiva, que es, al mismo tiempo que del contenido, una ascesis de estilo, representa las pruebas que ha de sobrepasar el receptor par lograr su iniciación. El estilo de Patronio recurre a las retóricas medievales y a sus técnicas del "ornatus difficilis" y del "trobar clus", sobre todo a aquéllas que identifican brevedad con oscuridad, por lo que, al mismo tiempo que su estilo, se depura el contenido de su mensaje, reduciendo su cantidad y espiritualizando su doctrina. El establecimiento de estos obstáculos impone una selección entre los lectores, los que implica un reconocimiento y aceptación de la desigualdad social y cultural de la época. De ahí los diferentes niveles de lectura, para acceder a todos los lectores, y de ahí también la elevación del lector, semejante a la del iniciado, al superar los diferentes niveles. Con una genial capacidad para dar relieve plástico a un concepto, don Juan Manuel introduce la figura de don Jaime de Xérica para personificar el nuevo tipo de lector que requiere la segunda parte de su libro, ese nuevo tipo que es el que ofrece el estado noble con su acceso a la cultura antes monopolizada por el clero. Como experimentado caballero, don Jaime está capacitado para recibir el resto de la doctrina hasta conseguir su perfección, grado inaccesible para aquéllos que sólo pueden recibir la enseñanza por medio de "exemplos". Ellos deberán abandonar la lectura tras la primera parte. El resto de la obra no les proporcionará ningún fruto. A partir de este momento, apunta Gimeno Casaldüero, "aunque parezca paradójico, según crece la oscuridad crece la transparencia"<sup>44</sup>. La proporción entre la dificultad del ascenso y la recompensada alcanza es directa, y quien puede recorrer sin desmayar el camino marcado por Patronio encontrará el cielo y la vista de Dios como premio. Esto es, hacia el final de la obra aumentan la oscuridad del camino y la luz celestial. El ascenso hacia la cumbre de perfección a través de los distintos grados del ser nos hace pensar que la inclinación de don Juan Manuel hacia la filosofía platónica y sus expresiones posteriores se extendía más allá de la afición por la forma dialogada de su exposición, lo que nos muestra una conexión con el mundo clásico de la teoría social de don Juan Manuel, que para Gimeno Casaldüero es tan genuina y específicamente medieval<sup>45</sup>.

44 GIMENO CASALDUERO, Op. cit. Pág. 28.

45 Véase el apartado sobre "Don Juan Manuel, la antigüedad y la cultura latina medieval" en LIDA. Op. cit. Pág. 111-133, y su análisis sobre algunas de las fuentes utilizadas por don Juan Manuel y el uso que hace de ellas.

Centrándonos en la división global de la obra y en la ordenación de sus cinco partes, coincidimos con Gimeno Casaldueiro en que éstas se subdividen en tres núcleos, con la separación de la primera y quinta parte del resto. Sin embargo, esta estructura la establecemos en función no del diferente contenido expresado en cada una de las partes, sino en función de que constituyen las diferentes fases de un sistema pedagógico coherente y apropiado a la intención propagandística de don Juan Manuel y al orden caballeresco que quiere comunicar. Como punto de partida tenemos la consideración de que a lo largo de la obra el autor nos ofrece la misma materia y sólo distintas formas de exposición. ¿Cuáles son estas formas diferentes? Las que derivan de un proceso lógico de conocimiento de raíz inductiva a partir del dato positivo. El proceso generalizador y universalizador de la inducción es el que hace pasar de los contenidos particulares y concretos de la primera parte a las abstracciones de las sentencias de la segunda parte, de aplicabilidad general, y a la abstracción aun mayor que supone la consideración de la doctrina de Dios.

La primera parte constituye una detallada exposición casuística de sucesos individuales que conforman unas pautas de comportamiento, extraídas de experiencias particulares y que sólo tienen esta aplicación. La segunda parte, con su relación de 180 sentencias, desligadas de todo dato concreto, forma un auténtico código de conducta que el noble debe dominar para desenvolverse en la vida con algo más que el sentido común derivado de la práctica cotidiana. Finalmente, la tercera parte es la exposición detallada y razonada del sistema de creencias que soporta el andamiaje ideológico sobre el que descansan los comportamientos expuestos y codificados en las dos partes anteriores.

Con esta organización, don Juan Manuel reproduce el esquema de funcionamiento del pensamiento humano, adecuándolo, además, a la división social existente, como atribuyendo un grado de inteligencia determinado a cada estado, más allá del cual no puede acceder. Ejemplos, código y sistema constituyen además una reproducción de la escala del conocimiento que, desde su origen clásico, pervive en la Edad Media. A su base se encuentra la "techné", o saber a partir de la experiencia, de naturaleza empírica. De su universalización y racionalización procede la "epistemé", que es ya una forma de ciencia, superando el caso individual por el de aplicación general. Finalmente, por encima de ellas se sitúa la sabiduría procedente de la Revelación. Son las formas de conocimiento accesibles respectivamente a los "laboradores", a los "bellatores" y a los "oradores", los tres grados de participación en la verdad que justifican las divisiones sociales, y las tres etapas en el camino de ascenso a la verdad a la manera neoplatónica que reproducen la misma jerarquía. Con ello su importancia y su defensa quedan patentes y, median-

te esta estructura, don Juan Manuel logra la compenetración perfecta de forma y contenido. Como Lucanor amarrado a Patronio por la confianza que la bondad de sus consejos le ofrece, el lector queda pendiente del discurso de don Juan Manuel y, atrapado, por su coherencia formal, acepta con mucha mayor facilidad la validez del mensaje de uno de los primeros escritores españoles que supieron darse cuenta de la efectividad de la organización artística del discurso.